

Chicago: besos al Jurado

LA POLITICA DEL SHOW



En Chicago se celebró un juicio en el que han ocurrido cosas extraordinarias. Dos de los acusados se presentaron un día con togas como el juez. Una testigo intentó cantar una canción de protesta durante su declaración. Allen Ginsberg, poeta y guru, salmodió durante varios minutos «Hare Krishna, hare Krishna, hare Krishna, hare, hare». Uno de los acusados se marchó del banquillo mandando besos con la mano al Jurado. El juez, para estar a la altura, se rió del testigo que cantaba en sánscrito. Los acusados gruñían «oink, oink, oink» a los testigos de cargo. Al terminar el «show», después de dos meses de sesiones, hasta los dos abogados defensores fueron condenados por el juez a cuatro años de cárcel por mal comportamiento y falta de respeto. Por otra parte, algunos profesores de Derecho han manifestado que este es el juicio más significativo de la historia de los Estados Unidos.

LA NUEVA CULTURA

Para comprender todo esto es preciso contemplarlo en el contexto de ciertos brotes político-culturales que han aparecido en los últimos años en las ramas jóvenes de la sequoia americana. La aparición de los «hippies» hacia 1966 marcó el abandono de los estilos de protesta tradicionales. Los «hippies» plantearon la gran renuncia a toda una cultura, a un estilo de vida, a un modo de ver el mundo. La cultura entera, en todas sus manifestaciones, es lo que ha sido puesto en tela de juicio por los hijos de la abundancia. Parece que el alto nivel de vida

material de este país ha permitido a su juventud redescubrir el adagio de Cristo: «No sólo de pan vive el hombre». Además, el enorme desarrollo de la educación universitaria ha elevado sobremanera el nivel cultural de los jóvenes. Los viajes y los libros les han puesto en contacto con las culturas y las obras maestras de todos los países y épocas. Y los jóvenes quieren aplicar todos estos conocimientos a la práctica. Sea por lo que fuere, los jóvenes argumentan que la riqueza material del país permite una calidad de vida mejor que la presente; que existe un desfase entre las posibilidades materiales y la cultura que las organiza. El presente nivel de tecnología, organizado de otra manera, permitiría una vida más rica en posibilidades vitales, con más tiempo libre, trabajo más gustoso y mayor espiritualidad y cooperación en las relaciones entre hombres y con la naturaleza. Esta es, a grandes rasgos, la Weltanschauung de los que, por agrupar de algún modo, podemos llamar la nueva cultura.

Detrás de esta actitud hay una serie de hechos y de ideas que conviene considerar para comprender cómo ha llegado a producirse. La riqueza de USA es tal que algunos economistas propugnan ya que se rompa la correspondencia entre ingresos y trabajo, que se garantice una renta anual a todos los ciudadanos por el mero hecho de nacer. Robert Theobald calcula que con once mil millones de dólares anuales (la guerra de Vietnam cuesta treinta mil millones, el presupuesto de Defensa con setenta mil millones) se podría mantener a todas las familias pobres de Estados Unidos

por encima de los 3.000 dólares anuales.

VIVIR SIN TRABAJAR

El fundamento de tales posibilidades es la revolución cibernética: cada vez más las máquinas hacen el trabajo, relevando al hombre. Cada año, las máquinas hacen un 3 por 100 más del trabajo, y en correspondencia, el hombre ganaría ese 3 por 100 en tiempo libre si no se esforzara en hacer crecer más aún la producción. En 1800, el 80 por 100 del trabajo en USA se dedicaba a la agricultura; ahora sólo se dedica el 6 por 100. Si los americanos se contentaran con el nivel de vida que tenían en 1800, sólo una de cada cuatro personas tendrían que trabajar. Lo mismo que ha sucedido con la agricultura parece que va a ocurrir también en la industria y más adelante en los servicios. Se estima que para el año 2000 toda la producción podrá realizarse con sólo el 18 por ciento del empleo actual. A esto hay que añadir que se está empezando a obtener energía atómica del uranio en el agua de mar y que se estudian simbiosis hombre-máquina que librarán al hombre incluso de las tareas de control y organización. Tales son los hechos con que ha crecido la juventud americana y las perspectivas para su vida adulta.

Junto a esta segunda revolución industrial, y quizá debido a ella, ha aparecido una nueva sensibilidad, un nuevo espíritu. Desde el misticismo apocalíptico de William Blake a la delicadeza perversa de Aubrey Beardsley, una lluvia de influencias dispares ha goteado durante años hasta

desbordar el vaso opaco de la cultura occidental. De pronto, una legión de ideas, personas, músicas, estilos de vida, misticismos nuevos, irrumpen en la puritana, liberal y eficientísima América. Norman Brown analiza la Historia desde el punto de vista del psicoanálisis y concluye que el temor a la muerte desencadena una serie de represiones que se evacúan en la cultura y el trabajo. La superación de los instintos de muerte que arrastran a nuestra cultura está, según Brown, en la vuelta a la inocencia y sensualidad infantiles; al amor del cuerpo, al camino dionisiaco de la emoción y el instinto para llegar al templo de los misterios de la vida. Abraham Maslow estudia las experiencias culminantes, los raros momentos de felicidad en la vida, y concluye que tales experiencias coinciden con las descritas en los éxtasis místicos y en los instantes de creación de los artistas. Herbert Marcuse descubre en la organización social un excedente de represión que pervive por inercia del pasado y que no es necesario ya, dada la actual capacidad tecnológica. Alan Watts predica la sabiduría de la inseguridad, demostrando cómo mucha gente se desvive por vivir. Karl Jung señala la importancia del símbolo en el subconsciente y bucea en el simbolismo de la magia, la alquimia y las religiones orientales. Herman Hesse viaja al Este para encontrar una respuesta a las preguntas del espíritu que no contesta la cultura occidental. Allen Ginsberg, Alan Watts, los Beatles y numerosos jóvenes de Occidente aprenden la ruta de Katmandu. Aldous Huxley y Timothy Leary descubren



El juicio de Chicago ha sido calificado por algunos juristas como el más significativo de la historia norteamericana. Fue la primera manifestación sonada de la nueva cultura, y su objetivo el de convertir la acción política en un espectáculo. Uno de los asistentes al juicio era el poeta y guru Allen Ginsberg (tercera foto por la izquierda). En la segunda foto, los acusados, entre ellos Jerry Rubin (con barba y cinta en la frente), quien dijo al juez: «Iremos a la cárcel riendo...». A la izquierda, el que fue fundador del movimiento «hippy», T. Leary. A la derecha, el juez Julius Hoffman.

para Norteamérica los hongos que abren las puertas de la percepción. El taoísmo entra en Estados Unidos bajo el manto de la Ecología, la ciencia de la relación entre los seres vivos y su entorno. La música creada por los Beatles y Bob Dylan deviene frenética y sobrecogedora gracias a los aparatos electrónicos; la danza se desata con voluptuosidad dionisiaca. Se inventan festivales, ritos e iglesias. Están plantadas las sementeras de la nueva cultura.

POLITICA: TEATRO Y MAGIA

El juicio de Chicago ha sido la primera manifestación sonada del estilo político de la nueva cultura. Su propósito parece ser convertir la acción política en un espectáculo. Mirado a través del prisma del estilo de vida de la nueva cultura, el hecho resulta perfectamente normal. «La política —había dicho Abbie Hoffman— deviene teatro y magia». Los hechos tienen como dos vidas: una en su propia realidad y la otra en la reconstrucción de esos hechos por la imaginación de cada persona. Esa reconstrucción es como una obra de arte cuyos artifices son los propagandistas, quienes la implantan en la conciencia pública valiéndose de los medios de comunicación. Este modo de pensar que se inspira en McLuhan, el filósofo de los medios de comunicación, les lleva en el límite a convertir la acción política en teatro. Si, como dice McLuhan, el medio es el mensaje, lo más importante no es lo que se dice, sino cómo se dice. Según McLuhan, el hecho de que exista el medio de comunicación televisión, es mucho más importante que todo lo que se

transmita y diga a través de ella. El medio televisión, es decir, el modo como hemos de verlo, la imagen hecha de millones de puntos, el tamaño de la pantalla, la luz, el sonido, influyen y condicionan a las personas, mucho más que lo que la televisión transmite. El medio en sí es más importante que el mensaje que transmite.

En el juicio de Chicago, los acusados no se defendieron contra el contenido del juicio, sino contra el hecho del juicio en sí. Los acusados atacaban el medio, mucho más que el contenido. Por eso trataron por todos los medios de poner en ridículo el proceso mismo de juzgar, el medio de administrar justicia, que es el juicio. Y eso lo hicieron no con argumentos e ideas, sino con gestos, a menudo teatrales. Los acusados mantienen que, en el fondo, no se les persigue por su intervención en los disturbios durante la Convención Demócrata de Chicago, sino por su estilo de vida. En su defensa tratan de presentar el juicio como parte de un fenómeno mucho más general: el choque de dos culturas, la contraposición entre la joven generación americana nacida en la afluencia, criada ante el televisor, cosmopolita y con conciencia mundial, y la de sus mayores, que aún se acuerdan de la Gran Depresión de la guerra, trabajadores y menos viajados. Para dramatizar la diferencia entre las dos culturas, los «hippies» se han esforzado en poner de manifiesto, por ejemplo, que a la política le falta humor, que la burocracia es seria y se complace en vestirse de gris. Los «hippies» argumentan que esto es característico de la cultura tradicional, porque es consecuencia de la visión del mundo de esta. «Iremos a la cárcel riendo y bromeando, porque somos

así, porque queremos divertirnos y estamos en este mundo para pasarlo bien y construir una sociedad basada en la cooperación y el amor entre las gentes». Con estas palabras acogió Jerry Rubin su sentencia, y añadió, despidiéndose del juez Hoffman: «Sieg Heil!».

EL CERDO PIGASUS, CANDIDATO

Todo empezó en febrero del 68, cuando Jerry Rubin y Abbie Hoffman planearon organizar un Festival de Vida en Chicago durante la convención demócrata. Al parecer, pretendieron invitar a los Beatles, Bob Dylan y otros artistas y gurus de la nueva cultura. La idea era presentar un contrapunto de música y fiesta a la seriedad de la Convención. Celebrar lo que se llama en términos «hippies» un «be-in» y que según Allen Ginsberg es «una reunión de gente joven, consciente de que estamos todos en un mismo planeta y compartimos su destino; que busca una nueva forma de sociedad, que prefiere oración, música y vida espiritual a competencia, afán de adquisición y guerra». El «be-in» es el festival donde se reúnen los buscadores de la nueva cultura. Al primer «be-in» que se celebró en San Francisco asistieron tribus de «hippies», comunas, grupos de poetas, grupos musicales, grupos de yoga, grupos políticos, el maestro de Zen Roshi Sazuki, budistas del Tíbet, el guru del LSD Timothy Leary y miles de jóvenes. El festival de Woodstock fue un «be-in» inmenso, donde se reunieron 400.000 jóvenes en un maratón de música «acid-rock». En el mismo espíritu se prepara un festival, en Toronto,

para julio, al que asistirán los Beatles y demás grupos musicales de la nueva cultura. Según afirman los ahora convictos organizadores, el Festival de Vida de Chicago tenía que haber sido algo por el estilo: música, danza, reunión y nombramiento del cerdo Pigasus como candidato a la presidencia de USA por el grupo «hippy» (Youth International Party). Los choques entre la policía y los jóvenes impidieron el desarrollo del festival y culminaron en los disturbios por los que acaban de ser juzgados y condenados siete de sus organizadores.

Aldoux Huxley ha dicho que el problema central de la Humanidad es la búsqueda de la gracia (simplicidad o «naiveté» que el hombre ha perdido debido a la autoconciencia). El arte es parte de esta búsqueda de la gracia. Toda la vida es un arte; lo cual es más difícil de entender que de poner en práctica. El arte y el juego son los paradigmas del trabajo, y la danza es la metáfora de la vida misma. En una cultura donde se supera la escasez y se libera al hombre de la necesidad de trabajar para sobrevivir, el comportamiento del artista deviene la forma normal de actuar. El trabajo deviene voluntario y divierte igual que el juego, y la obra nace del placer de crear, como las obras de arte. No es de extrañar que la nueva cultura utilice un comportamiento político que se parece al arte. A juzgar por los «hippies», el arte más próximo a la política es el teatro. Laurence Olivier dijo que el realismo no consiste en representar la vida misma, sino en hacer de la vida arte. De momento, los «hippies» están haciendo de la política, un «show». ■ LUIS RACIONERO (Berkeley).